

suyo, el día es sombrío, mas sombrío puede decirse que la misma noche, puesto que la escasa luz que aun queda solo sirve para hacer visibles las tinieblas. Los vientos, que mugen y silban; las olas, que se estreñan unas contra otras; los mástiles, que se

doblan y se rompen; los costados del buque que crujen, todas estas voces sin cuento se mezclan y se confunden en un horrisono bramido, terrible, desesperado, que llega á sobreponerse al fragoroso estrépito del trueno. El mar no se despliega ya en oleadas



Fig. 163 — EL DRAGON DE LOS TIFONES, SEGUN UN DIBUJO JAPONÉS

anchurosas y potentes, sino que hierve á inmensos borbotones como una caldera enorme calentada por el fuego de volcanes submarinos. Las bajas nubes, que se arrastran por las aguas, despiden con frecuencia un fulgor que podría tomarse por el reflejo de algun infierno invisible; en el zénit aparece rodeado de tinieblas un espacio blanquecino que los marinos han llamado «el ojo de la tempestad,» como si realmente vieran un dios feroz en el huracán que baja del cielo para estrujarlos y sacudirlos. No cabe la menor duda de que cuando los marineros aceptan la lucha contra los ele-

mentos en medio de tan horrible tormenta, y, desafiando la muerte, procuran manobrar para librar del furor de aquellos su nave desamparada, sin velas y sin mástiles, dan un sublime ejemplo de lo que es capaz la grandeza humana.

Los japoneses, testigos diarios de estos cataclismos, han personificado en sus fantásticos simbolos ese genio de las tempestades, al que llaman el *dragon de los tifones*, representándolo en medio de una lluvia negra y siniestra como un mónstruo aéreo que se precipitara de las nubes. Tan extraños dibujos, que ponen en escena las fuer-

zas profundas de la naturaleza, nos presentan el *dios del trueno* bajo la forma de un viejo horripilado golpeando sonoros tambores, y el *dios de los vientos* volando por los aires con un odre siempre hinchado en los hombros.

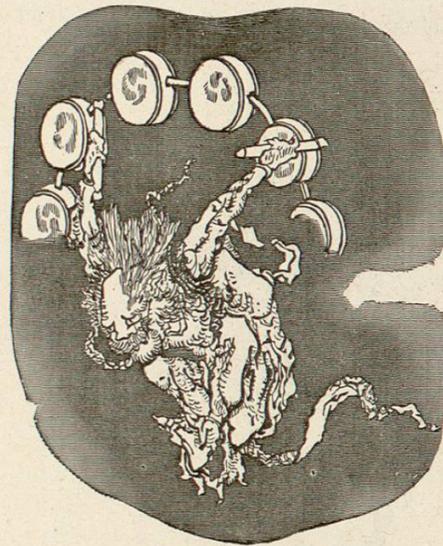


Fig. 164. — EL DIOS DEL TRUENO, SEGUN UN DIBUJO JAPONÉS

Para apreciar estos formidables movimientos de la Atmósfera, no estará de mas leer una descripción exacta de los ejemplos mas memorables.

El ciclón mas terrible de los tiempos modernos es sin duda alguna el del 10 de octubre de 1780, llamado por antonomasia el gran huracán, por haber resumido todos los horrores de estos tremendos trastornos de la naturaleza. Salió de las Barbadas, donde no quedaron en pié ni árboles ni casas, echó á pique una escuadra inglesa anclada en el puerto de Santa Lucía, y asoló despues completamente esta isla, donde perecieron seis mil personas aplastadas bajo las ruinas y escombros. El torbellino pasó despues á la Martinica, arrolló un convoy de trasportes franceses, y sepultó en las olas mas de cuarenta buques que conducian cuatro mil soldados. Las embarcaciones que formaban el convoy *desaparecieron*, se-

gun la lacónica frase de que se valió el gobernador de la Martinica en su comunicación al gobierno de la metrópoli. El huracán siguió al norte, devastando asimismo la Dominica, San Eustaquio, San Vicente y Puerto Rico, y la mayor parte de los barcos que se hallaron al paso del ciclón zozobraron con sus tripulaciones. Mas allá de Puerto-Rico, la tempestad se desvió hácia el nordeste, y aunque se fué debilitando gradualmente su violencia, no dejó de echar á pique muchos buques ingleses que regresaban á Europa. En tierra no fué menor la rabia destructora del huracán. Nueve mil personas perecieron en la Martinica, y mil en San Pedro solamente, donde no quedó una sola casa en pié, porque el mar se elevó á la altura de 7^m,5, habiendo desaparecido ciento cincuenta casas instantáneamente á lo largo de la playa.

El viento derribó en Puerto Real la catedral, siete iglesias y 1,400 casas, quedando sepultados bajo las ruinas del hospital 1,600 enfermos. En San Eustaquio, siete buques se estrellaron contra las rocas, y de los diez y nueve que cortaron sus amarras y pudieron hacerse mar adentro, uno solo volvió al puerto. En Santa Lucía murieron seis mil personas; los edificios mas sólidos fueron arrancados de cuajo por la violencia del huracán; un cañón fué á parar á mas de 30 metros de distancia, y tanto los hombres como los animales se vieron arrebatados por el aire y arrojados á largas distancias. El mar subió á tal altura, que demolió el fuerte, y arrojó un buque contra el hospital que cedió á tan enorme peso. De las 600 casas que habia en Kingstown, en la isla de San Vicente, solamente quedaron en pié catorce! La fragata francesa *Juno* se perdió.

En las islas de Sotavento, las personas que vivian en el palacio del gobernador buscaron un refugio en el centro de los edificios durante lo mas fuerte de la tempestad, pensando que el espesor de los muros (cerca de un metro) y su forma circular

les preservaría del furor del viento; á las once y media tuvieron que refugiarse en los sótanos, porque el huracan, abriéndose paso por do quiera, habia arrancado casi todos los techos; mas como el agua subió á mas de un metro de altura, viéronse precisadas á salvarse en las baterías, donde cada cual buscó un abrigo debajo de los

cañones, siendo algunos de estos lanzados de un lado á otro de la batería por el impetu del viento. El huracan era tan sumamente fuerte que, secundado por el mar, envió un cañon de á 12 á 126 metros de distancia (probablemente sobre su cureña, que tendria ruedas). Al aire libre, el campo ofrecia el mismo aspecto que en invier-

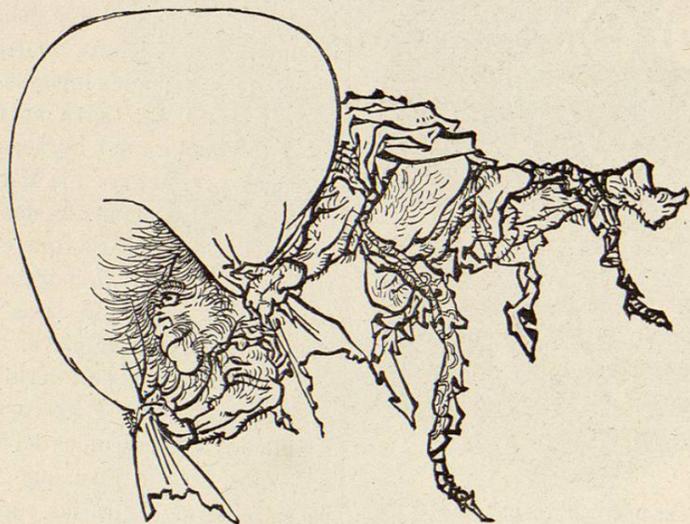


Fig 165 —EL DIOS DE LOS VIENTOS, SEGUN UN DIBUJO JAPONÉS

no, pues no quedó una rama ni una hoja en los árboles. La cólera de los hombres se disipa en presencia de una lucha de los elementos tan tremenda. Cuando el *Laurel* y la *Andrómeda* se perdieron en la *Martínica*, el marqués de Bouillé dió libertad á los veinticinco marineros ingleses que sobrevivieron al naufragio, diciendo por escrito al gobernador inglés de Santa Lucía que no queria retener en calidad de prisioneros á unos hombres que habian caido en sus manos durante una catástrofe que á todos alcanzaba (*Dove*).

Uno de los mas curiosos ejemplos de estas convulsiones atmosféricas lo tenemos en el ciclón de las Indias del 10 de agosto de 1831, descrito con expresivas frases por el mayor general Reid en su *Meteorología americana*.

Un caballero, que habitaba en San Vi-

cente hacia cuarenta años, montó á caballo al rayar el día, y hallábase á cosa de una milla de su morada, cuando divisó en el norte una nube de tan amenazador aspecto, que durante su larga permanencia en los trópicos no habia visto nunca una cosa tan alarmante; aquella nube le pareció de un color gris aceitunado. Presintiendo una furiosa tempestad, se apresuró á regresar á su domicilio y á atrancar las puertas y ventanas, á cuya precaucion atribuyó la salvacion de su casa.

A eso de la media noche, empezaron á rasgar el cielo millares de relámpagos de majestuoso á la par que terrible fulgor, y sopló el viento norte y nordeste con desusada fuerza; á la una de la madrugada aumentó la furia de este, y la tempestad, que hasta entonces habia soplado del nordeste, saltó repentinamente al noroeste y á

los rumbos intermedios. Desde aquel momento, viéronse las regiones superiores constantemente iluminadas por incesantes relámpagos que formaban como un vasto manto de fuego, pero cuyo brillo quedaba á menudo ofuscado por el de las descargas eléctricas que estallaban por todas partes.

En los momentos en que se daban alguna tregua los relámpagos, una densa oscuridad envolvía la poblacion, inspirando un terror indescriptible. Poco despues, empezaron á desprenderse del cielo meteoros ígneos, uno de los cuales, descendiendo perpendicularmente desde una prodigiosa altura, llamó sobremanera la atencion; era de forma circular, y de color rojo oscuro. Este meteoro se precipitaba sin duda cediendo á su propio peso, sin recibir el impulso de ninguna fuerza extraña. Al acercarse al suelo, aquel globo inflamado tomó una forma prolongada y de deslumbradora blancura, y estalló esparciendo sus fragmentos en todas direcciones como lo habria hecho un metal en fusion.

Algunos instantes despues de la aparicion de este fenómeno, el ruido atronador del viento se convirtió en un *murmullo solemne*, ó mejor dicho, en un mugido lejano; y los relámpagos, que desde la media noche no habian cesado casi de trazar sinuosos surcos en el cielo, se sucedieron con una espantosa actividad durante medio minuto entre las nubes y el suelo. La vasta masa de compactos nubarrones parecia tocar las casas, y vomitaba hácia la tierra voluminosas llamaradas que esta despedía en seguida al espacio.

Cuando cesó esta singular alternativa de relámpagos, estalló de nuevo el huracan por la parte del oeste con una violencia prodigiosa é indecible, lanzando en todas direcciones millares de proyectiles, fragmentos de todos los edificios que no se hallaban al abrigo de su impetuosa saña. Durante el paso del huracan retendió el suelo, y las casas mas sólidas se agrietaron hasta sus cimientos. A pesar de todo esto, no se

oyó ni un solo trueno durante las diferentes fases de la tempestad. El mugido del viento, los bramidos del Océano, cuyas encrepadas y gigantescas olas amenazaban devorar todo cuanto hubieran respetado los demás elementos, el ruido de las tejas que chocaban entre sí, el de los techos y paredes que se derrumbaban, etc., etc., formaban el estruendo mas espantoso que se pueda imaginar.

A eso de las cinco, el furor del huracan se mitigó por intervalos, y durante algunos breves momentos percibióse con claridad la caída de los materiales que la *cola* de la tempestad habia lanzado probablemente á una altura extraordinaria.... A las seis el viento era S.; á las siete, SE.; y á las ocho, ESE. A las nueve todo quedó en calma.

A cualquier lado que se dirigiera la vista desde lo alto de la catedral, no se veian mas que ruinas y desolacion. Toda la superficie del país estaba arrasada; no se percibia el menor vestigio de vegetacion, como no fuesen algunos montoncillos de yerba amarillenta esparcidos acá y acullá. El terreno estaba enrojecido y abrasado como si un rastro de fuego hubiese pasado por todo el país y consumido todos sus productos. Los escasos árboles que aun quedaban en pié, despojados de sus ramas y de sus hojas, tenian el aspecto triste y melancólico del invierno, y las numerosas quintas de las inmediaciones de Bridgetown, poco antes rodeadas de verjeles, estaban enteramente arruinadas y sin asomo de vegetacion.

En todos los puntos de la isla cayó una lluvia de agua salada. Los peces de agua dulce murieron en sus estanques, y el agua de los viveros continuó siendo salobre muchos dias despues del huracan.

Segun lo atestiguan la mayor parte de las relaciones, la cantidad de electricidad desarrollada por los grandes huracanes es verdaderamente notable. Los relámpagos no son simples fulgores de efimera duracion, sino llamas que pasan rápidamente por la

superficie de la tierra ó se elevan hasta las regiones superiores.

La fragata francesa *Juno*, que salió de Francia para una misión en los mares de la India y de la China, atravesó el 1.º de mayo de 1868 un ciclón que estuvo á punto de serle funesto.

A pesar de todos los esfuerzos empleados para alejarse del centro, conforme á las señales barométricas indicadas anteriormente, no fué posible cortar á tiempo su trayectoria, y alcanzó la furiosa tormenta, que inundó la cubierta y apagó los hornos.

Las olas se elevaban como verdaderas montañas que se derrumbaban pesadamente sobre el buque. Habíanse llevado ya la obra muerta, y los botes suspendidos á popa y en las bandas: una enorme áncora, desprendida de las cadenas que la sujetaban, había hundido al caer un tablon de proa, produciendo una ancha vía de agua que con dificultad pudo taparse amontonando en la abertura las hamacas de los marineros. A los redoblados golpes de mar uníase una lluvia torrencial, viéndose obligados los navegantes á luchar contra la invasión de las olas mas bien que contra el furor del viento. La tripulación entera, distribuida entre las bombas y las cadenas de baldes, trabajaba con una admirable confianza y una sangre fría llena de emulación.

Hacia ya siete horas que duraba la tormenta, escribe un oficial, redoblando á cada paso en violencia y estrépito..... cuando de repente reinó un silencio absoluto, silencio que solo puedo comparar al que sucede á la explosión de una mina en un reducto tomado por asalto. Era la calma central, calma súbita y rara, que produce una impresión de asombro mas bien que de seguridad: ¡tan ajena á toda ley natural parece! El movimiento del torbellino continuaba en la parte superior de la columna de aire cuya base ocupábamos. Por todas partes caían aves, peces, insectos y objetos informes, y el estado eléctrico de la atmósfera producía una sensación vertiginosa sin

ejemplo en nuestros recuerdos, que se manifestaba por una extraordinaria exaltación en algunos hombres de carácter generalmente apacible.

Numerosas aves habían quedado aprisionadas en aquel antro aéreo, y entre ellas muchas del orden de las zancudas, lo cual indicaba que el ciclón había pasado por las islas, como lo confirmaba también la presencia de los insectos y de restos de plantas. Algunos de los peces voladores que caían en el puente estaban todavía vivos; otros, muertos hacia algún tiempo, despedían ya mal olor.

Se aprovechó la calma central para echar botes al mar, sacar el agua del buque, desenredar las velas, acondicionar un timón provisional y esperar con confianza la segunda fase de la tempestad.

Después de cinco horas de calma, se dejaron sentir hacia el medio día las primeras ráfagas de viento, y algunos momentos después, recobró el huracán toda su fuerza, sacudiendo de nuevo la embarcación. Las rachas venían entonces del norte; pero ninguna de las velas que se habían habilitado pudieron resistirlas. Era imposible, por consiguiente, maniobrar para alejarse del ciclón; lo único que pudo hacerse fué el cambio de amuras, prescrito por la teoría, para tomar el viento por babor, quedándose el barco reducido á someterse á los rigores del huracán, que no se alejó hasta dos días después por efecto de su lento movimiento de rotación.

Las últimas tempestades memorables son las que se desencadenaron el 27 de marzo y el 3 de febrero, ocasionando el naufragio de la corbeta *Lérída* de Nantes, que zozobró en el Havre procedente de Haití, y cuya triste suerte figura en los anales marítimos como uno de los episodios mas conmovedores de nuestras costas.

El 2 de marzo, á las 10 de la mañana y con una mar furiosa, dicha corbeta, cuyos movimientos se observaban hacia dos días, llegaba cerca de la escollera, en ocasión en



NAUFRAGIO DE LA FRAGATA «LÉRIDA» EN EL HAVRE, EN 1869